



PATRIMONIALIZACIÓN
DE LA NATURALEZA. EL
MARCO SOCIAL DE LAS
POLÍTICAS AMBIENTALES

Oriol Beltran, José J. Pascual
Ismael Vaccaro (Coordinadores)

9

LO NATURAL Y LO CONTAMINADO, IRONÍAS DEL RÍO TINTO

ESTEBAN RUIZ BALLESTEROS, ELENA RUBIO DE MIGUEL

Universidad Pablo de Olavide

El Tinto es un río que da nombre a una comarca que, sin embargo, no se ha mirado nunca en él. Sus aguas no son cristalinas y puras, ni se beben, ni sirven de espejo. Es un río sin primaveras, sin chopos ni alisos que anuncien el invierno o prometan fresca sombra en las tardes de verano; sin peces ni ranas que entretengan a los niños; sin historias de amor en sus riberas... Es lógico que en gran medida se le haya dado la espalda. Sin embargo es un río que siempre fascinó. Su color rojo, sus riberas quemadas, sus aguas ácidas, mantienen una relación ambivalente con los habitantes de la comarca. Éstos, a pesar de reconocerse en él, lo miran con distancia y respeto.

En el río Tinto se unen dos orillas, la de lo natural y la de lo contaminado. Se trata de una encrucijada inquietante ya que pone al descubierto las paradojas de una dualidad radical para nuestro pensamiento. La reflexión desde su ribera nos plantea más preguntas que respuestas, más inquietudes que certezas. Por eso resulta un caso de estudio interesante.

1. EL DEVENIR DEL RÍO

Imposible no evocar a Heráclito. Pocas veces nos habremos encontrado con un río que haya cambiado tanto; imposible bañarse dos veces en él. Pero su devenir no ha sido ontológico, como el sabio griego apuntara, sino principalmente epistemológico. Desde las estribaciones de la Sierra del Padre Caro en Nerva (Huelva), hasta la desembocadura junto al Odiel en las proximidades de la ciudad de Huelva, el Tinto recorre 100 km y su nombre evoca una de las zonas mineras más famosas del mundo. Sus referencias se rastrean desde la antigüedad y desde entonces se tiene constancia del carácter peculiar de sus aguas y orillas. Hasta hace poco más de diez años se consideraba que el Tinto era un río muerto, estaba “contaminado”,

arrastraba en sus aguas el estigma de la minería. El río daba el nombre a las minas que se explotan desde la prehistoria en su cabecera, y éstas le regalaron una naturaleza estéril. Con la desactivación de la actividad minera y en pleno furor de alternativas y ansias de borrar el pasado minero en la comarca, se planteó incluso descontaminar el río, devolverle una vida que se pensaba que alguna vez tuvo y que la mina le había arrebatado. Pero las perspectivas dieron un giro copernicano: la mina dejó de ser el centro del río, y el río se convirtió en el centro de la mina. Ha tenido lugar una auténtica revolución epistemológica.

La ciencia sustituyó a la técnica como estrategia prioritaria de conocimiento en la comarca. Y los científicos oficiaron su ritual. El río no era una cloaca minera, sus aguas no están contaminadas, alberga vida abundante, exótica y relevante: constituye un ecosistema único y privilegiado en el mundo. Al mismo tiempo, las administraciones —si bien poco antes pretendieron descontaminarlo— han arbitrado varias figuras de protección en las que se incluye el río: Paisaje Natural Protegido del Río Tinto (2004), Zona de Especial Conservación: Corredor Ecológico del Río Tinto (ambas catalogaciones desde la lógica medioambiental) y Bien de Interés Cultural, con la categoría de Sitio Histórico, para la Zona Minera de Riotinto-Nerva (2005) (desde la lógica patrimonial culturalista).

“La zona que en el presente Decreto (Paisaje Natural Protegido) se declara paisaje protegido corresponde a un paisaje peculiar debido a la gestión del territorio en el que han alternado actividades agrícolas y mineras. Resulta de gran interés por las características que ofrece el Río Tinto, ligadas a la industria extractiva, un pH muy ácido y un alto contenido en sales ferruginosas que permite la vida de especies que sobreviven a esos parámetros extremos” (Decreto 558/2004, Consejería de Medio Ambiente, Junta de Andalucía).

“En lo que respecta al paisaje del Sitio Histórico de Riotinto (...), el medio natural transformado adquiere una dimensión de patrimonio cultural objetivado, siendo uno de sus máximos exponentes el río Tinto, como elemento único en

el mundo” (Decreto 236/2005, Consejería de Cultura, Junta de Andalucía).

Hay quienes proponen su declaración como Patrimonio de la Humanidad. Una auténtica euforia se ha desatado en torno al río y la comarca: documentales, películas, libros... que contribuyen abiertamente a su redescubrimiento.

El Tinto, para bien o para mal, siempre ha sido el emblema de la comarca, su topónimo, su mito. Antes, arrastrando hasta la costa el mal de la minería como cauce contaminado, ahora reclamando una posición destacada en el valorado mundo de la naturaleza y la cultura. El devenir del río lo convierte en un inmejorable laboratorio para reflexionar sobre un proceso que hubiese fascinado a Heráclito. En este caso, según los científicos, el Tinto siempre ha sido el mismo, lo que han cambiado son las miradas “de sus bañistas”.

En la comarca de Riotinto nada se ha entendido sin el concurso de la actividad minera. No es de extrañar que el propio río se haya explicado tradicionalmente como un subproducto de ésta. Su carácter era fruto colateral de la minería; las aguas adquirían su peculiaridad a raíz de la explotación minera. Era cabal pensar que antes de la minería sería un río “normal”, por más que no haya apenas noticias de esta comarca sin actividad minera. Esta consubstancialidad minera del río no es más que la forma de representar a la comarca en general, en todas sus facetas (Ruiz, 1998). Pero la desactivación de la minería provoca un efecto devastador sobre el discurso de representación del entorno minero. La minería se había convertido en un azote cuando pocas décadas antes era un signo inequívoco de progreso, y en esta dislocación discursiva arrastraba a todos sus elementos constituyentes, también al río. Minería y contaminación se hicieron sinónimos. El río símbolo de la minería y su potencial —recordemos que su cauce sirvió de ruta para el ferrocarril minero, vanguardia tecnológica en su momento— se convertía, si nada lo remediaba, en el sumidero del despropósito. El Tinto estaba condenado: era el símbolo de la minería y su inextricable contaminación, por eso sus aguas no albergaban vida y mataban lo que tocaban. El río era el epítome de un pasado a superar, cuando no olvidar.

Pero la ciencia, desde hace menos de una década, propone otra forma de mirarlo: se redescubrió el río. Después de años de familiaridad con los ingenieros de minas, la comarca conoció a los astrobiólogos. Ellos proponen desterrar la idea de que el río es contaminado, propugnan que no sólo es un río natural sino que hay que protegerlo. Un conjunto de planteamientos completamente contraintuitivos pero que han tenido una notable acogida en la comarca. El Tinto constituye un medio extremófilo a causa de la acidez de sus aguas, pero este carácter extremo no implica ausencia de vida, sino la generación de una vida muy especial que se desarrolla en un contexto con alto contenido en metales (hierro, manganeso, cadmio, zinc, cobre, plomo y arsénico) y un pH muy bajo (2 de media) que, si bien no alberga vida considerada normal (aquella que sucede a unos 37° y en un pH 7), sí recoge una alta biodiversidad en microorganismos (bacterias, protozoos, hongos y microalgas). El desconocimiento que había sobre los extremófilos antes de los años 70 hizo pensar que el río estaba contaminado y muerto por causa de la explotación minera. Después, y gracias al avance científico, se comprueba que el río es natural. Los organismos que habitan el río se llaman quimiolitotrofos (que comen piedras) y conforman un amplio catálogo. El Tinto constituye un sistema gaiano desde el punto de vista metabólico (es cerrado sobre sí mismo, como un todo), un sistema autoestabilizado que se nutre de la energía solar y de los metales que lleva el agua, y que desarrolla un tipo de vida que no precisa de oxígeno (sistema anaeróbico). Este es el tipo de ecosistema que pudo existir en la Tierra en el momento del origen de la vida, antes de que la propia vida —tal como hoy la conocemos— produjera el oxígeno del que depende. Por tanto, el color rojo del río no es producido sólo por los metales que lleva el agua (en esta premisa se basaba el discurso del río contaminado), sino por éstos y por los microorganismos que lo mantienen estable al alimentarse de ellos.

Como consecuencia, los científicos manifiestan que no es la actividad minera la que ha hecho el río, constatando que antes de la minería ya era así. La relevancia del río Tinto es que constituye un “análogo terrestre” ya que se piensa que fuera del planeta podrían existir ambientes similares. El descubrimiento de jarosita en Marte —también se encuentra en Ríotinto— indica que hubo agua y que entonces puede

haber allí sistemas parecidos al del río Tinto. Esta es la esencia del Proyecto MARTE en el que ha participado la NASA y que ha desarrollado: (1) una perforación a 160 m de profundidad en el nacimiento del río Tinto (evitando la hipotética contaminación minera) para comprobar si en el interior está la fuente del ecosistema del río; y (2) un ensayo del proceso de toma de muestras para hacerlo en Marte de forma automática. Con este proyecto se investigan estrategias científicas y técnicas para estudiar-descubrir la vida en sus formas más primitivas.

Como consecuencia de todo este proceso de investigación se concluye que el Tinto cuestiona qué es la vida en la tierra. El río Tinto que se consideraba un contexto sin vida, permite –paradójicamente– reflexionar sobre qué es la vida y cómo pudo surgir en la Tierra, amén de ilustrar cómo pueda desarrollarse en otros planetas. El río no sólo está vivo, sino que constituye un ecosistema único y excepcional.

En la comarca, al hilo de la desactivación de la minería, se está produciendo un creciente desarrollo turístico de la mano de la patrimonialización de la minería. Este proceso patrimonializador incluye de manera muy general al paisaje minero, los restos de la explotación y, por supuesto, al río (Iglesias y Ruiz, 1999). Más de 70 mil visitantes acuden anualmente a la comarca a participar del hecho turístico que se apoya ante todo en el extrañamiento y lo exótico, la admiración estética, el sobrecogimiento, la particularidad, lo único y la autenticidad, en definitiva lo excepcional. De todo ello el entorno minero en general y el río en particular son perfectos reclamos. Visitar Marte en la Tierra es una oferta tentadora. De esta forma, la mirada turística y científica coinciden plenamente: la academia y el mercado miran lo mismo de la misma forma. Son los habitantes de la comarca los que quedan impactados con este cruce de perspectivas sobre su río de siempre.

2. LAS PARADOJAS DEL RÍO

Los habitantes de la comarca tienen ante sí un dilema radical: ¿Cómo ver una misma cosa de dos formas tan distintas? ¿El río es contaminado o natural? El conjunto del paisaje minero está sometido a un proceso análogo de naturalización, pero es evidente que el caso

concreto del río es quizá el más espectacular. En esta diatriba se centra el interés de este estudio, aún en curso. En la comarca hay tres pueblos que mantienen una relación especial con el río: Nerva (donde nace y por donde discurre su primer tramo con un carácter casi urbano); Minas de Riotinto (el centro de la cuenca minera, que toma su nombre del río pero que tradicionalmente se ha situado de espaldas al mismo); y Berrocal, una localidad que, ya en la periferia de la comarca y con un carácter más agroganadero, marca el inicio del cauce medio del río. Aquí presentamos algunas reflexiones preliminares apoyadas en el trabajo con dos colectivos muy distintos: los últimos mineros de Nerva, aquéllos que de forma directa trabajaban en la explotación cuando ésta cerró en 2001, y el pueblo de Berrocal, cuya vinculación con el río es muy especial sobre todo tras el trágico incendio de 2004 en el que se calcinó gran parte de su término municipal. Ambas localidades tienen trayectorias y circunstancias muy distintas (del Campo y Corpas, 2005; Escalera, Ruiz y Valcuende, 1995; Ruiz, 1998) pero las dos tienen una vinculación directa con el río y, sobre todo, una situación socioeconómica crítica por el cierre de la mina, en un caso, y por la calcinación de las dehesas, en el otro. Estas dos perspectivas ilustran de forma general la reflexión sobre lo contaminado y lo natural que nos interesa. El devenir del río en los últimos años se asocia a discursos, percepciones y actitudes emergentes y paradójicas que vamos a tratar sucintamente.

2.1. El río resucitado: de la muerte a la vida

Los discursos se asimilan o se rechazan, ¿o se asumen a medias? No es lógico pensar que su certeza marca su éxito. Sin duda, las autoridades que los pronuncian se convierten en garantes de su oportunidad, pero no podemos pensar que el sólo carácter hegemónico de un discurso sirve para neutralizar cualquier resistencia. Lo inverosímil al sentido común despierta, al menos, el escepticismo. La vida del río –habida cuenta de la dificultad evidente de su percepción– podría haber provocado rechazo. Asumir la biodiversidad del río es más una cuestión de fe que de constatación empírica popular, sobre todo después del fuerte discurso contaminador que ha explicado durante decenios el carácter de su cauce. El pragmatismo mantiene

que la verdad es aquello que conviene al pensamiento. Desde el punto de vista discursivo, éste parece el argumento más plausible para comprender cómo la gente asume los “ecosistemas extremófilos” y los “seres microscópicos quimiolitotrofos”. Aún bajo estas condiciones contraintuitivas, hay mineros que nos dicen que hay “una diversidad de vida en el río que en cierta manera nos ha pasado desapercibida; sin embargo, siempre ha estado ahí, que es única en el mundo (...). Cualquiera que se acerca al río ve que el río no es muerto. O sea, el río muerto lo ve quien quiera verlo que está muerto, porque en el río crecen un tipo de algas que tu las ves y eso no sale en un río que está muerto”. Es sorprendente como se le otorga valor epistemológico a la intencionalidad de la propia mirada. Pero, al mismo tiempo, se reconoce casi con sarcasmo que,

“El río ha sido un pobrecito olvidado hasta que un listo ha dicho: 'No, pues al río hay que darle protagonismo'. Porque, como la mina va en declive, pues ahora vamos a sacar el rollo del río”.

“Yo es que me ha cogido un poco de sorpresa cuando dicen que el río Tinto tiene vida. ¿Esto cómo es? Nosotros sabíamos (...) que era curativo (...), y entonces cuando... ¡Que el río Tinto tiene vida!, yo me quedé un poco alucinado. No hago cruces porque soy agnóstico. ¡No puede ser que tenga vida! Claro, ya luego escuchas, lees un poco, que tiene vida, bueno (...). Y bueno, tú sabes que esta gente te dan lo que quieran darte”.

2.2. Proteger el río: de la cloaca a la sensibilidad ambiental

Pero las percepciones –si son tales– deben orientar la acción. Más sorprendente que “ver la vida” del río resulta comprobar un cambio de actitudes entre los habitantes de la comarca: un río epítome de la contaminación es ahora objeto de protección y sensibilidad ambiental. Tal es la transformación. Tanto los mineros de Nerva como los habitantes de la rural Berrocal comienzan a preocuparse por el estado de salud del río. Tanto unos como otros muestran rechazo por los vertidos incontrolados que los ayuntamientos hacen de sus aguas residuales al río, e incluso de los vertidos que algunas nuevas

industrias asentadas en la comarca parecen estar provocando. Es una actitud inaudita hace unos años. Como bien nos cuentan, “este río se come todo lo que le echen, sin problemas”. No obstante nacen nuevas contradicciones entre la protección y la contaminación:

“Han catalogado la Junta el río de Zona de Interés Natural (...). Algo así lo ha catalogado ahora mismo. Paisaje..., no sé en concreto cómo es (...). Eso lo ha catalogado ahora la Junta. ¿Tu cómo puedes hacer eso si las aguas residuales del pueblo de Nerva, de Riotinto, prácticamente lo que es Nerva y Riotinto, las Delgadas (...), las aguas residuales van por el río abajo?”.

Río abajo, en Berrocal, nos dicen preocupados que antes el río cambiaba de color y que ahora no cambia de color nunca, y que esto es síntoma inequívoco de que están contaminando al río. Hablan de vertidos, de que hay que proteger y actuar; denuncian que el río está contaminando, que baja con espumas que hace cuarenta años no traía... Estamos ante un fenómeno de post-contaminación: el agua contaminada de siempre es ahora natural; los vertidos (industriales o urbanos) que antes carecían de relevancia ahora adquieren un cariz problemático; todo ello en un lapso de apenas diez años. El río es naturaleza a proteger. Se empiezan a atisbar diferenciaciones en la calidad de sus aguas dependiendo del tramo del cauce, e incluso pronunciamientos sobre su pureza:

“El agua agria es normal porque viene de donde viene. Viene del nacimiento, de ahí, de la mina, pero que ... Yo me he bañado muchos veranos ahí. Pero eso es normal, el agua esa, porque es de lo que es, del agua de color, de color roja porque es agua agria. Ahí echas un trozo de hierro o de lo que sea y al otro día está negro. Yo el río ahora mismo lo veo igual que la mina. Se ha acabado la mina y esto se ha quedado. El río antes llevaba más color, otras cosas, otras miradas, pero ahora mismo (...). Antes el río era más puro, pero ahora todas las porquerías van en el río (...). Más puro en el sentido de que estabas lavando el mineral y lavabas todos los minerales, el río iba más fuerte, el agua agria iba más fuerte. No como ahora mismo, que ahora lo que sale es

agua agria pero no tiene la pureza que tenía antes. Al no haber trabajo pues el agua está saliendo como si fuese lavada. Pero ahora no, antes salía el agua más pura, más pura y montones de cosas”.

La situación desafía a los calificativos posibles. Va más allá de la paradoja o la contradicción; se trata de una visión completamente convulsa. Antes, la minería era la causante de la contaminación del río; ahora se argumenta que la minería es la que le da la verdadera pureza natural al agua.

2.3. Otra forma de relacionarse con el río: del temor al deseo

No sólo percepciones, discursos y actitudes; se está desarrollando una nueva forma de relacionarse con el río. Éste es quizá el aspecto más necesitado de estudio en profundidad y aquí no podemos dejar siquiera de apuntarlo. El río ha sido tradicionalmente un espacio casi maldito y ahora se convierte en un espectáculo. Sus aguas se usaban para algunos procesos mineros, para desparasitar animales, para curar heridas y problemas en la piel. Pero también se trataba de aguas que arruinaban ropa y calzado, aguas temidas... Los padres advertían que había que alejarse de ese cauce.

“Íbamos poco, bueno, íbamos poco, que nuestros padres siempre: 'Niño, ten cuidado, no irse para allá'. (¿Como algo peligroso?) Sí, sí, totalmente. 'No meter los zapatos que se os pudren'. Claro, tenía 9 o 10 años, pues nuestros padres lógicamente te puedes imaginar la depresión que había en esta zona y... Verás, te mojabas un poco los zapatos, evidentemente al carajo los zapatos. Venías y tus padres te echaban la bronca. Y el río siempre era peligroso. El río era... Pasábamos por al lado del río y que no nos diera, bueno, ni el aire. Y cuando se caía el balón al río, a ver quién era el que iba a recoger el balón. El balón se quedaba allí. Vamos, allí no se metía nadie en el río (...). El río siempre ha estado ahí y ha sido una cosa que para nosotros, ya te digo, ha sido un poco..., para nuestros padres ha sido tabú. Y luego está ahí el río, pues sí, un río más. Y ahora, claro, ahora tiene su interés, por lo menos un interés

científico. Entonces ya para mí el río ya tiene otro interés. Los pocos datos que dan pues los leo”.

Por el contrario, ahora el río es prácticamente una atracción, un lugar de paseo y poco a poco de veneración, donde efectivamente se termina contemplando el “milagro”, el milagro del río Tinto.

“Yo lo he recorrido echándole fotos y ahora, después de prejubilarme, tengo mucho tiempo. Y se ve, en lo que está así más clarito, abajo, cría una capa como de buje, de buje es lo que suelta el hierro, y se ven como, a veces parece que no, pero como bichillos de éstos que le salen al agua. Y ¿cómo puede haber aquí bichillos de éstos? (¿Y cómo te diste cuenta?) Desde que salió todo esto de las investigaciones. Porque nadie se figuraba, ni se fijaba ni nada. Y además es que no íbamos a coger fotos ni nada de eso hasta que no ha venido la NASA y nos han informado de ese tema. Entonces es cuando la gente está yendo al recorrido éste y le echan fotos. Y, claro, con algo que se llevan, con las cámaras, se va viendo algo, algo se va viendo. Y eso es lo único que impacta en el río éste. Y claro, la gente viene, se mete por ahí por los caminos estos rurales y tiene un aliciente. Viene mucha gente los fines de semana por ahí andando con sus mochilas y sus cámaras. Eso son gente que vienen, se quedan en los albergues o en el camping. Ese es el turismo que tenemos por aquí más o menos”.

Una nueva forma de relación, percepciones alternativas y discursos improbables que terminan “educando la atención” (Ingold, 2000) y alumbrando usos y potencialidades inimaginables hace unos años. ¿A quién le podía interesar un río completamente contaminado en una comarca minera deprimida?

2.4. La nueva potencialidad del río: de estigma a recurso

En Berrocal, lejos de la mina, apenas un enclave ferroviario ya desmantelado y hoy dependiente del corcho y la ganadería, el río adquiriría toda su dimensión lúgubre: “La gente venía, se vivía de la vía (del ferrocarril). El río no servía, era el río agrio, no había ná”. “En el

río era donde echábamos los jamones que salían malos”. “El río no es que haya sido indiferente sino negativo, no tenía ni peces, ni adelfas, ni nada”. El río marcaba una línea desértica entre parajes que a duras penas se defendían de él. El alcalde de Berrocal comentaba con motivo de unas jornadas sobre el Tinto: “El río era un vertedero donde tirábamos los animales muertos. Pero el tiempo le ha dado la razón,. Vivíamos de espaldas a él. El río nos debe ayudar al desarrollo, a traer turismo... Ahora tenemos una asociación del río Tinto no sólo para proteger el río sino para que nos sirva de desarrollo”. Tras el incendio que calcinó gran parte del término municipal el río se ha convertido en una de las esperanzas de renacimiento del pueblo. Entre los mineros prejubilados de Nerva también se percibe un claro vector de desarrollo en el río: “Estos señores que están haciendo estos estudios de la NASA, me imagino que si en algo van a repercutir es en un bien para la zona porque en el momento que digan que puede haber vida en Marte porque es comparado con el río Tinto... pues ya suena a vox populi por ahí y todo el mundo '¡Vamos a ver el río!'”. El río ha pasado de estigma a recurso, de vergüenza a orgullo. No obstante sigue siendo el mismo, si ha cambiado algo es la forma de mirarlo, de verlo, explicarlo y asumirlo. Hasta el punto de que cabe venderlo.

Esta encrucijada de discursos, actitudes, relaciones y potencialidades que aquí muy someramente hemos esbozado, constituye el ámbito del redescubrimiento del río. El proceso está apenas empezando. La comarca como tal se convierte en un contexto también extremófilo, ahora para la investigación social: podemos estudiar el proceso socio-cultural por el cual un elemento pasa de ser contaminado a ser natural; podemos analizar cómo se naturaliza un río sin que medie proceso químico-físico “regenerador”, sino más bien un aparente cambio de perspectiva epistemológica. Se trata de un fenómeno integral que tiene implicaciones múltiples. En la estética, porque lo que era horrible en cuanto contaminado se convierte en un llamado a la belleza para la pintura, la fotografía, la literatura... La desolación del paisaje es hoy presentada como la exótica belleza de la vida en condiciones extremas. En la ética, porque suscita una reflexión moral sobre la protección y el cuidado ambiental de lo que antes se consideraba un sumidero de desechos. En las identificaciones colectivas, porque al convertirse en algo valioso se activan las apropiaciones locales. En la

política, porque lo valorado es llamado inmediatamente a engrosar el elenco del poder. En la economía, porque como no podía ser menos, el río se convierte en objeto susceptible de negocio. E incluso en lo afectivo, porque ya no hay que esconder los sentimientos y recuerdos en torno al río; el río es ya un referente del que sentirse orgulloso, en el que inscribir el pasado... Por tanto, la transformación del río afecta a todos los ámbitos de la vida en la comarca. ¿Basta concluir que nos encontramos ante un caso de patrimonialización de la naturaleza a partir de la transformación discursiva en la representación del medio?

3. LA INCERTIDUMBRE DEL RÍO

De este río no surgen certezas sino más bien incertidumbres. Por tanto no tenemos conclusiones, sino vías de exploración. Igual que el río es un sistema único en el mundo para investigar el origen de la vida, se nos antoja también excepcional para investigar tanto sobre la construcción de la naturaleza y la representación del medio (Carrier, 2003; Descola, 2005; Escobar, 1999; Latour, 1993; Milton, 2002; Wilson, 1992) como sobre la vinculación entre lo contaminado, lo natural y la contestación social (Horowitz, 2001; Newton, Fairweather y Swaffield, 2002; O'Rourke, 1999; Palmer, 2007).

Si la naturaleza es la gran categoría fundante (Escobar, 1999), la contaminación es su cara oculta, su reverso, pero igualmente central. Estos dos polos se matizan siempre, pero ir de uno al otro sin solución de continuidad, incluso procurando formas inverosímiles de fusión, es un proceso con pocos precedentes. Nuestra principal inquietud es si este tipo de procesos es reductible al ámbito de lo discursivo.

Estamos persuadidos de la necesidad de ir más allá de lo discursivo para comprender lo natural: hay que atender con mayor atención a la relación de las miradas (percepciones) con los discursos (representaciones). La verdad es lo que conviene al pensamiento, pero también lo que encaja en la percepción: la manera en que se miran las cosas desde la forma en que nos relacionamos con ellas. La recursividad mirada-relación-discurso debe ser profundizada. Desde este marco analítico encaramos la incertidumbre de si la naturalización del río es una consecuencia exclusiva del “descubrimiento” científico, de la expansión de un nuevo marco de información-conocimiento, o si

también habría que atender al papel fundamental de la transformación del marco perceptual que se ha producido en la zona. ¿Caben verse las cosas de una manera fantasmagórica, independiente de las formas en que nos relacionamos con ellas? Pensamos que no. La asunción progresiva del discurso científico sobre el río, con el giro epistémico copernicano que propone, pone en evidencia el peso del escenario sobre la cualidad del objeto, pero no desde una perspectiva discursiva sino perceptiva, mucho más radical y contraintuitiva.

La mirada sobre el río debe encajarse en un proceso más amplio de transformación de la mirada sobre el conjunto del paisaje minero que estamos estudiando (Ruiz y Hernández, 2007; Ruiz, Hernández y Fedriani, e.p.; Ruiz *et al.*, s.p.). El río fue entendido y mirado como un producto minero y hoy se presenta como un producto natural. Este cambio hay que asociarlo con el contexto de la mirada antes que con el carácter intrínseco del río, a pesar de los avances y descubrimientos científicos. Estamos persuadidos de que el discurso sobre la naturaleza del río, que hoy se entiende como un aporte positivo sobre la comarca, hace unas décadas hubiera pasado sin pena ni gloria, como una excentricidad científica más.

El rejuego entre lo natural y lo contaminado debe enmarcarse en la naturaleza cambiante de la naturaleza, que no es sólo de origen discursivo sino también perceptivo. ¿La naturaleza es lo que se ve o desde donde se mira? De este modo desplazamos la naturalización desde la cualidad del objeto a la posición del observador. Rebajamos el tono excesivamente discursivo de los debates sobre la naturaleza y la cultura para fijarnos en el ámbito del organismo-en-el-medio (Bateson, 1979; Ingold, 2000). Evidentemente se trata de una vía a explorar para el caso de nuestro irónico río. Lo natural y lo contaminado, en referencia al Tinto, no son en esencia ni percepciones ni discursos, sino antes bien perspectivas y posiciones de quien representa y percibe en un sistema organismo-medio. Es necesaria otra mirada analítica para comprender tan complejo proceso; quizá el Tinto nos ayude a desarrollarla. La integración de los ejes analíticos que hemos desarrollado en el anterior epígrafe es una estrategia de estudio en este sentido.

Desde esta perspectiva no parece oportuno quedarse en la patrimonialización de la naturaleza, sino más coherentemente en la naturalización del medio. Patrimonializar —como foco analítico— presupone dar por hecho la naturaleza como objeto de la patrimonialización. En el caso del Tinto la patrimonialización es el acto mismo de construir la naturaleza como categoría aplicable al río. Por eso el proceso de naturalización va más allá de la esfera científica y adquiere relevancia social y cultural. Es cierto que la ciencia ha servido de revulsivo, pero no lo es menos —y sin embargo sí más relevante— que ese revulsivo discursivo anida en un contexto necesitado ya de nuevos discursos y futuros para superar la crisis social de la comarca. ¿Cómo olvidar que la nueva naturaleza del río rehabilita la comarca y le ofrece un futuro relevante? Las identidades que cambian precisan paisajes cambiantes (O'Rourke, 1999). Pero no podemos quedarnos analíticamente aquí porque paralelamente (no antes o después) este giro epistemológico en torno al río está contribuyendo a que la gente vea las cosas de otra forma y no por mera asunción de un registro discursivo, sino por un reposicionamiento en el medio fruto de una nueva manera de relacionarse e imbricarse con/en él. Este reposicionamiento es el hecho verdaderamente radical que permite que el discurso científico adquiera sentido para la población local, y no al revés. Desde este nuevo marco perceptivo se puede incluso adivinar la emergencia de una dimensión afectiva en torno al río que hasta ahora se presumía improbable. Apenas en privado se proyectan los afectos y sentimientos sobre lo maldito. Desde aquí resulta comprensible la incertidumbre de nuestros informantes en torno a lo natural y lo contaminado en tanto que dominios semánticos.

“Más natural es la zona de la Sierra, seguro. Vamos, eso es..., eso es natural, natural. Esto es más artificial, pero es artificial que ya llega a ser natural”.

“Hasta los entornos contaminados como éstos hay que saberlos respetar. (¿Es esto un entorno contaminado?) Hombre, es evidente que es un entorno contaminado. Lo que pasa es que es un entorno contaminado de forma seminatural. O sea, ha intervenido la mano del hombre pero no ha intervenido químicamente. O sea, hay zonas que sí

están intervenidas químicamente donde hay presas de residuos tóxicos (...). La mina en sí, hombre, las escombreras contaminan. Pero, yo creo que una contaminación que la zona está habituada a eso. Pero si incluso te asomas a las escombreras hay zonas en las que la vida resurge en un terreno tremendamente ácido”.

Uno de los exmineros, al comentarle el sentido de nuestra investigación, nos reconoció que “la palabra contaminado no la pondría, que éste es un sitio diferente”. Este río Tinto tiene mucho de seductor. A pesar de su nombre de vino, sus aguas ni siquiera pueden beberse. No es de extrañar que sea un desafío irónico para las categorías de naturaleza y contaminación, esas que usamos tan irreflexivamente.

BIBLIOGRAFÍA

BATESON, Gregory (1979) *Espíritu y Naturaleza*. Buenos Aires, Amorortu.

CARRIER, James (2003) “Mind, Gaze and Engagement”. *Journal of Material Culture*, 8(1), pp. 5-23.

Del CAMPO, Alberto y Ana CORPAS (2005) *El mayo festero*. Sevilla, Fundación José Manuel Lara.

DESCOLA, Philippe (2005) *Par-delà nature*. París, Gallimard.

ESCALERA, Javier; Esteban RUIZ y José María VALCUENDE (1995) *Poner fin a la historia. Desactivación de la minería y crisis social en la Cuenca de Riotinto*. Sevilla, IDR.

ESCOBAR, Arturo (1999) “After nature. Steps to an antiessentialist political ecology”. *Current Anthropology*, 40, pp. 1-30.

HOROWITS, Leah Sophie (2001) “Perceptions of the nature and responses to environmental degradation in New Caledonia”. *Ethnology*, 40(3), pp. 237-250.

IGLESIAS, Luis y Esteban RUIZ (1999) “La conformación del patrimonio minero en Riotinto”. *Demófilo*, 32, pp. 241-260.

INGOLD, Tim (2000) *The perception of the environment*. Londres, Routledge.

LATOURE, Bruno (1993) *Nunca hemos sido modernos*. Madrid, Debate.

MILTON, Kay (2002) *Loving nature: Towards an ecology of emotion*. Londres, Routledge.

NEWTON, Bronwyn; John FAIRWEATHER y Simon SWAFFIELD (2002) "Public perceptions of natural character in New Zealand: wild nature versus cultured nature". *New Zealand Geographer*, 58, pp. 17-29.

O'ROURKE, Eileen (1999) "Changing identities, changing landscapes: human-land relations in transition in the Aspre, Roussillon". *Ecumene*, 6(1), pp. 29-50.

PALMER, Lisa (2007) "Interpreting 'nature': the politics of engaging with Kakadu as an Aboriginal place". *Cultural Geographies*, 14, pp. 255-273.

RUIZ, Esteban (1998) *Minería y Poder. Antropología política en Riotinto*. Huelva, Diputación Provincial de Huelva.

RUIZ, Esteban y Macarena HERNÁNDEZ (2007) "Identity and community. Reflections on the development of mining heritage tourism in Southern Spain". *Tourism Management*, 2, pp. 677-687.

RUIZ, Esteban; Macarena HERNÁNDEZ y Eugenio FEDRIANI (e.p.) "The development of mining heritage tourism: a systemic approach" in *Tourism Development*. Nueva York, Nova Science.

RUIZ, Esteban; José María VALCUENDE; Victoria QUINTERO; José Antonio CORTÉS y Elena RUBIO (s.p.) "Naturalizing the environment. Perceptual frames, senses and resistance" (en proceso de revisión).

WILSON, Alexander (1992) *The Culture of Nature*. Cambridge, Blackwell.